

proceder que empezaría con la aprobación de la guerra del Golfo, el voto a favor del Tratado de Maastricht y el deseo de asistir a la represión de la invasión serbia. Pero ahora que la lista de Sarajevo está abandonada, los famosos intelectuales pueden reunirse para mantener una presión internacional en favor de lo que es moral y realista: el uso de la fuerza para bombardear a los serbios que atacan zonas supuestamente protegidas.

Pero regreso al 6 de junio. En el Reino Unido, en 1944, no teníamos ninguna duda sobre la victoria. No cabía ninguna duda dado el estado de ánimo de los ingleses que nos rodeaban. El mundo libre no ha pagado nunca su deuda con este pueblo. Para él, la supervivencia ya era como un milagro. Muchos de ellos, bajo los bombardeos, pensaban morir resistiendo. Los supervivientes resistían al ver cómo el

mundo entero se unía a ellos. Jamás una fe tan intensa ha sido tan poco mística. Jamás una determinación tan inquebrantable ha sido tan poco exaltada. Eramos mimados, apoyados, llevados por ese pueblo tranquilo que inyectaba una dimensión épica al más impasible de los civismos. De hecho, vivíamos ya rodeados de un pueblo vencedor. Es comprensible que las élites de una nación así, al recordar su grandeza, sufran hoy tanto con su declive. Dudábamos tan poco de la victoria que no calibrábamos los inmensos sacrificios que aún exigía. Desde el Reino Unido, el mundo se organizaba para castigar el mal, las nubes de las monstruosidades de Stalin quedaban ocultas por el sol de Stalingrado. Nos dimos cuenta de que la historia tenía sentido. Ahora nos queda irselo dando día a día. ☉

Jean Daniel

La otra cara de la OEA

PERIÓDICAMENTE, EL ESCRITOR MARIO VARGAS LLOSA, hoy más preocupado por la contemporánea situación europea, vuelve los ojos hacia nuestro hemisferio y carga sus baterías contra la Organización de los Estados Americanos (OEA) y sus países miembros, acusándolos ahora de promover un

modelo autoritario de sociedad.

Desconocer la realidad democrática del hemisferio y de su organización, y no aceptar las evidencias contundentes de los hechos, constituye, eso sí, una muestra de verdadero autoritarismo intelectual.

En el mes de junio del pasado

año ofrecí a los lectores mi testimonio, como participé de las acciones que, tras la agresión antidemocrática del 25 de mayo de 1993 en Guatemala, contribuyeron al retorno de la democracia, diez días después. De forma factual, respondí a críticas sobre una supuesta inoperancia de la OEA, cuestionamientos comunes una década atrás, pero ya superados por la historia.

En una reciente nota, Vargas Llosa trasciende esas críticas, rebatidas puntualmente, y acusa ahora a la OEA de "fortalecer un modelo autoritario" en la región, además de verter juicios sobre actitudes e intenciones de gobiernos y gobernantes, aspecto éste que no me compete contestar.

Se puede, obviamente, disentir con los mecanismos puestos en práctica por los países miembros de la OEA para fortalecer la democracia regional, pero ubicar esas iniciativas constituye un ataque a las decisiones de los países miembros, impulsadas por gobiernos electos democráticamente.

Una de las áreas donde existe verdadero consenso regional es el proceso de modernización operado en la OEA a partir de 1985, que colocó la promoción y defensa de la democracia en el centro de los desvelos de la organización y, más recientemente, la comprometió en los esfuerzos por eliminar la pobreza extrema.

En 1991, la OEA inaugura una nueva modalidad de defensa coordinada de la democracia ante su interrupción en alguno de los

países miembros. El mecanismo entonces creado se utilizó en tres ocasiones: Haití, Perú y Guatemala.

La interacción de la cambiante realidad con la reflexión teórica constituye un elemento inspirador de la acción práctica. Pero forzar la realidad para hacerla coincidir con preconceptos conduce a peligrosos equívocos y frustraciones. Es por ello que la OEA ha ido a la búsqueda de soluciones particulares para cada caso, ateniéndose a las circunstancias de cada país.

Nuestro propósito central en todos los episodios ha sido procurar la solución cívica de los conflictos, dentro de normas constitucionales, mediante el diálogo nacional y con participación popular. Cada uno de estos aspectos fue tenido en cuenta y coadyuvó al proceso de solución de la crisis. En Centroamérica nadie ignora que la OEA fue un instrumento relevante en el proceso de paz que se coronó con los acuerdos de Esquipulas y Sapoá.

Desde aquella instancia, a finales de la década pasada, hasta la actualidad prosigue su trabajo, cuando le es requerido, con programas *ad hoc*, como en el caso de Nicaragua. En ese país, una misión especial de la OEA, aceptada por todos los sectores de la sociedad, amplió —recientemente— su ámbito de acción, en una reiteración de confianza.

La OEA —como expresión del sentir de sus Estados miembros— continuará contribuyendo, en casos de interrupción del orden

constitucional, al establecimiento de escenarios favorables, promoviendo un clima apto para generar confianza entre partes en conflicto y así canalizar la voluntad democrática de los pueblos.

La OEA ha estado presente, activa y visible, en los procesos de democratización de la región, con observaciones electorales en decenas de países. Funcionó además, como garante de acuerdos de paz, brindando certezas en momentos de inseguridad.

Otras veces, silenciosamente, ha impedido que una situación crítica llegase a consolidarse, algo que tiene más valor, aunque quizá menos notoriedad, que constituirse en el artífice de la solución de una crisis que podría haberse evitado.

Los métodos usados, el diálogo, la persuasión, la negociación, son complemento insoslayable de una misma concepción democrática, única garantía de soluciones perdurables. La democracia representa, más que un sistema de organización política de la sociedad, una actitud mental y de espíritu, que admite la circunstancia de la derrota y no se envanece en la victoria.

El autoritarismo intelectual, incluso aquel que se esconde bajo mantos democráticos, rechaza aquel comportamiento, menos aún se atreve a captar la realidad de los hechos que cuestionan su "verdad" y lo colocan irremediablemente al margen de la historia. ☉

João Clemente Baena Soares